

Mónica mira atentamente el cuadro que le había fascinado desde niña.

Su padre se lo había hecho descubrir, como casi todo, pues además de un socialista convencido y un perfecto conocedor de la historia universal, era un enamorado de las pinturas negras de Goya.

Todavía le costaba reprimir las lágrimas ante la emoción que le producía recordar al gran hombre que le había transmitido su saber con infinito amor.

Era Toledano y un romántico como Bécquer.

En cuanto tenía un poco de tiempo libre, cogía el coche y se iba a recorrer las estrechas callejuelas repletas de vestigios de todas las culturas que luego, en el siglo del robo del oro, habían hecho brillar la cruz de la nuestra.

Aranjuez, los jardines del palacio, era uno de sus lugares favoritos, al que cada primavera llevaba a su familia.

¡Cuánto amor derrochaba!

Quizás Goya había sido así, todo pasión, entrega y dedicación.

Y allí, ante sus ojos, permanecía incorruptible el fruto del espíritu libre de un genio que desde joven se había considerado lleno de imaginación.

Ella piensa que ésa debería ser la única y verdadera libertad de la cual todos los seres humanos deberíamos gozar, pues nos volvería dichosos.

El arte, sustituyendo a las religiones, todas ellas inquisitoriales y generadoras de conflictos bélicos, sería capaz de convertirnos a todos en soberanos, en vez de lo que éramos ahora, esclavos del primer amo que se nos presentaba.

Así él, más soberano que ningún rey, un afrancesado en tiempos de la revolución francesa, logró sin temor retratar la bajeza de las altezas reales de su tiempo.

Era un hombre franco en el sentido de noble, campechano, pero sobre todo honesto y honrado.

¿Cuántos como él existirían en aquel momento?

¿Y ahora?

Marcial, con su cante jondo, era sin duda el ser humano más afable que conocía.

Ni siquiera de sus colegas comunistas se podría decir lo mismo.

El ejemplo era Mario, que aprovechándose de su dominio de la obra de Marx trataba de liderar la asociación comunista a la que ella pertenecía, considerándose un gran filósofo sin haber pensado ni una sola vez por sí mismo.

Aquello, por muy socialista que él se considerase, le parecía un burdo artificio para sobresalir y aprovecharse del trabajo de los demás.

Las mismas artimañas que utilizaban reyes, curas, militares y capitalistas, eran empleadas por los mal llamados socialistas, e incluso comunistas.

Al parecer, tal como Goya manifestó a través de sus pinturas negras, siempre triunfa el absolutismo.

¿Cómo?

¿Por qué?

Aquel cuadro expresaba lo inefable, lo mismo que las rimas de Bécquer.

Tantas veces se había preguntado cuál sería su significado...

De niña se había imaginado recogiendo a aquel perrito solo y abandonado, acariciándolo y apretándolo ardientemente contra su cuerpo sintiendo su calor; pues besar y acariciar es aquello que todos los cerebros infantiles guardan programado de modo espontáneo en sus discos duros.

Sin embargo, llegada la adolescencia, se había vuelto más fría y distante hacia él, relegándolo, como el arpa del poema, a un oscuro ángulo de su corazón.

Pero como en la rima de Bécquer, mientras mira el cuadro, gracias al roce de la blanca mano que se encontraba a su lado, siente como si su padre hubiera resucitado.